

# La interpretación del curanderismo. Dos coloquios contrastantes

PEDRO GÓMEZ GARCÍA

«Crear y curar. La medicina tradicional» es el rótulo del coloquio internacional sobre medicina popular y curanderismo, celebrado en Granada, durante los tres primeros días de febrero de 1994, organizado por el Centro de Investigaciones Etnológicas *Ángel Ganivet* (de la Diputación granadina) y la Fundación Machado (de Sevilla). Con él se inauguraba la nueva sede, en la casa molino que fuera de Ángel Ganivet, el Centro de Investigaciones Etnológicas que lleva el nombre del ilustre escritor. Tres intensivas jornadas para más de veinte ponencias, con participación de estudiosos del tema, procedentes de distintas regiones españolas y de Argentina, México, Marruecos, Italia, Francia y Dinamarca.

La actualidad del tema es candente, por su reanimada vigencia social, por la polémica desatada ante algunas actuaciones curanderiles, por su presencia en los medios de difusión radiofónicos y televisivos, y por el interés suscitado entre antropólogos españoles.

Las ponencias presentadas al coloquio abordaron muy diversas vertientes, entre las que cabe destacar: Las relaciones entre medicina tradicional o popular y medicina científica u oficial, señalando las diferencias objetivas y los conflictos entre ellas. Varios estudios de casos y análisis, sea de carácter etnohistórico o etnológico, e incluso psicoanalítico, referidos a Méjico, Guatemala, Marruecos, Francia, sur de Italia, y, en España, a Castilla, Alicante, Cataluña, Galicia, Extremadura y Andalucía. Las vinculaciones del curanderismo con la religión, la magia, los conocimientos empíricos y la sabiduría populares. La evaluación farmacológica de los extractos de plantas utilizados. La cuestión de la eficacia simbólica y real de los medios y remedios aplicados por la medicina popular. El análisis de los mecanismos profundos de la enfermedad y de la curación. El acercamiento actual de la biomedicina de vanguardia a ciertos valores del curanderismo. La importancia de las relaciones entre médico y paciente. La utilización pragmática de las diferentes alternativas terapéuticas por parte de los enfermos clientes. Los distintas concepciones teóricas que tratan de explicar el fenómeno universal del curanderismo. El papel de los modelos socioculturales y de una peculiar experiencia biográfica como constituyentes del curandero.

Los textos de las ponencias serán publicados —esperamos que pronto— por las instituciones organizadoras.

Entre los ponentes quizá resultaron especialmente brillantes, por su dilatada dedicación a esta temática y por la maestría de que hicieron gala, la francesa Françoise Loux (CNRS de París) y el italiano Tullio Sepili (Universidad de Perugia). La primera resaltó cómo el curanderismo, en nuestras sociedades, no existe independientemente sino que forma parte del sistema médico, que articula tanto la medicina oficial, hegemónica, como la popular. Los hechos demuestran que las intervenciones simbólicas de los curanderos saben tocar resortes profundos, poniendo así en marcha mecanismos restauradores de la salud. Hay enfermedades de las que

no entienden los médicos o en que son más efectivos los curanderos, lo que da pie para justificar una especie de división del trabajo complementaria entre médicos y curanderos, y como un reparto del poder. Aunque en el curandero se trata más bien de un carisma individual, contradistinto del poder derivado de la institución médica. La investigación, planteada por la profesora Loux, de miles de recetas de remedios curanderiles, mediante el análisis de lo significativo de sus ingredientes (sabores, colores, olores, formas, texturas, denominaciones, etc.) en relación al tipo de enfermedad para el que se indican, le conducen, por una vía parecida al análisis estructural, a comprender las representaciones culturales del cuerpo enfermo así como los modos de funcionamiento de cada remedio. Frecuentemente se combina la eficacia farmacológica con la dimensión simbólica. En cualquier caso, el paciente entra en contacto con un mundo cargado de sentido, entra en una red de intercambios con la naturaleza, con los demás, con los santos. Pero este aspecto simbólico y ritual no anda ausente en la medicina profesional. Sostiene que se dan profundas continuidades y homologías entre ambas medicinas. Sin duda, las mismas que Lévi-Strauss desentrañara entre el «pensamiento salvaje» y el pensamiento científico. También el curanderismo nos desvela cómo funciona el espíritu humano.

Tullio Sepili, por su parte, expuso una perspectiva histórica de los avatares del curanderismo en la modernidad, para detenerse luego en la posible explicación antropológica de su eficacia. La escisión de la medicina científica va ligada a la emergencia de un paradigma biológico, cosa que ocurre en el contexto de la laicización burguesa de la cultura, que pretende acabar con la legitimación del poder sagrado. Esa lucha contra el pensamiento mágico, considerado como superstición, le parece que fue necesaria para fundar el pensamiento científico. Pero la contrapartida fue la ruptura de la relación holista con la realidad (se expulsa el alma, se expulsa lo irracional, lo subjetivo, lo simbólico). Queda solo el cuerpo mecánicamente concebido. La enfermedad no es sino algo que agrede desde fuera a la máquina del cuerpo, como una infección o una mala alimentación. La curación consiste en una intervención fisiológica o anatómica. Progresivamente se sigue un proceso de especialización e hiperespecialización, desde el enfoque biologista, desembocando en tecnificación, burocratización, despersonalización. Las medicinas «alternativas» reaccionarán postulando la personalización. Y frente al biologismo al uso, sostienen la necesidad de reconsiderar la enfermedad y la curación desde unas coordenadas abiertas al papel del sujeto, del simbolismo, del ritual. Marcel Mauss, entre los antropólogos, constató que efectivamente un hechizo puede causar la muerte; es decir, la idea de muerte compartida por la comunidad puede causar efectos físicos. El hechizo hace que se reproduzcan los síntomas que culturalmente se le atribuyen, como síndrome psicósomático. Del mismo modo, ciertas categorías comunes a la cultura del paciente y el curandero nos dan la clave para un modelo interpretativo, capaz de reconocer y explicar la eficacia de la medicina popular. Diversas indagaciones aportan elementos para una explicación: el psicoanálisis freudiano, el efecto placebo, el vínculo entre emoción y patología, la neurofisiología soviética (el cerebro hace enfermar y curar), la psiconeuroinmunología reciente (correlación entre sistema nervioso central y sistema inmunitario). Esta última teoría parece especialmente interesante: El cuerpo puede defenderse mejor o peor; el sistema inmune actúa como variable independiente. Toda patología está influida por el sistema nervioso

central, el mismo en que radica la función simbólica. En consecuencia hay que plantear un nuevo balance crítico no sólo con respecto a la medicina popular sino también con respecto a las medicinas extraoccidentales. Habría que elaborar un teoría general que las abarque a todas, un modelo unitario en el que se consideren culturas que activan más lo subjetivo, y la cultura laica que privilegia lo positivo. En el fondo, una ciencia más avanzada, que supere la contradicción entre magicismo y biología. En esta tesis de Sepili aparece de nuevo el reencuentro de la razón científica con el/nuestro pensamiento salvaje.

A pesar de todo, la idea que la mayoría de la gente se hace del curanderismo no es tan comprensiva. No sólo por los prejuicios heredados, sino porque la imagen del curanderismo que los medios de información están ofreciendo representa una distorsión frecuentemente bochornosa, adobada a veces por la malevolencia manifiesta o la estulticia de los presentadores, y siempre por la irremediable ingenuidad de los curanderos honestos y la indisimulable picardía de toda laya de neocuranderos, videntes, cartomantes y astrólogos mercachifles, que pululan como una epidemia. Los curanderos genuinos están siendo puestos a prueba. Y hasta la «máquina de la verdad» parece ponerlos en serios aprietos.

En efecto, pocas semanas después del coloquio, un programa televisivo del canal *Tele 5* presentó otro coloquio, mejor dicho, un espectáculo de acoso y derribo de un conocido curandero de Baza (Granada). Allí destacó hasta el esperpento la intervención de un catedrático no diré de qué, batiéndose en defensa de una «razón» total y absolutamente descalificadora de la medicina popular. En ese discurso se acepta que, en el ámbito del curanderismo, se producen curaciones e incluso que el curandero tenga visiones de la Virgen. Los curanderos dicen su verdad subjetiva, «pero cuanto más convencidos estén de lo que dicen, más falso es lo que están diciendo». Piensa el catedrático que la culpa es de la gente, «la tiene el público que se deja convencer de estas cosas, un público inculto e ignorante, propio de una sociedad tercermundista enteramente, que naturalmente se deja convencer por estas cosas, que tienen una explicación perfecta, desde el punto de vista fisiológico, psicológico, etc. No tienen ningún misterio más que para el que quiera encontrarlo. Y por consiguiente es un caso sencillamente de incultura manifiesta». Esta incultura, causa del curanderismo, la ejemplificó con alusiones a las gentes del Camerún y a los indios yanomamos, ante las protestas del muchacho curandero que afirmaba que catedráticos, jueces y médicos acuden a su consulta, y ante las puntualizaciones de un escritor que señalaba cómo en los más modernos países, Francia, Alemania, Estados Unidos, goza de gran vigencia la curandería. Una enferma curada de varices reivindica que realmente se ha curado. Sí, pero, recalca el profesor: «lo que digo es que todo esto que usted lo cree, y lo cree multitud de gente, cuanto más lo crean más falso es. Porque no puede ser objetivamente». Otra seguidora del santo protesta del calificativo de «tercermundista» e inquiera si el señor catedrático se cree superior. Éste replica con toda contundencia: «Totalmente, enteramente, totalmente, totalmente, es decir, absolutamente, absolutamente (*sic*). Eso sin concesión ninguna. Sí, a usted sí, en cuanto cree eso.» Luego apostilla que cualquier chamán cura tumores, que ya el mítico Esculapio hacía milagros antes que la Virgen, que esto es una cosa muy vulgar, que son medios tercermundistas. Hasta el punto de que, confesó, «yo concretamente, para un señor que se cura por estos medios, yo prefiero

seguir enfermo». Y añadió, elevando sus palabras al plano filosófico que le correspondía: «Un enfermo que se cura por esos procedimientos sigue siendo enfermo. ¡Usted es una enferma! Porque la mayor enfermedad es la ignorancia —tesis de Platón—. ¡La ignorancia es la gran enfermedad!» (Entonces, el telespectador se pregunta si acaso el curanderismo debiera proponerse la erradicación de la ignorancia.) En tanto, el muchacho tildado de ignorante pasa a la ofensiva: «¿Ha estudiado usted a los curanderos? ¿Ha estudiado a las personas que imponen las manos?» A lo que el sabio contesta así: «Mire, yo con usted no quiero hablar. Ya he hablado bastante. No quiero hablar con usted. No me interesa. ¡Que no me interesa su caso, que no me interesa nada! Ya está juzgado.» Roto el diálogo, el presentador toma el relevo, utilizando la publicidad para dar suspense a su pregunta: «¿Cree usted que la razón está absolutamente reñida con la fe?» Respuesta: «La razón está absolutamente reñida con la fe que contiene dogmas irracionales. De manera que mi respuesta es terminante: es totalmente irracional [sin sujeto explícito]. Y además con la siguiente agravante, que desde el punto de vista de una racionalidad geométrica, o física, etc., en cada caso, esta racionalidad es de tal naturaleza que no puede absolutamente admitir la tesis contraria». En suma, se nos emplaza a concluir, aun admitiendo que de hecho la medicina popular puede curarnos un tumor, que uno, en nombre de la razón, debe optar por seguir enfermo, a fin de no incurrir en irracionalidad y tercermundismo...

La verdad es que hay en ocasiones como un oscurantismo a la inversa, en esa razón ilustrada que se cierra dogmática al reconocimiento de lo que no entra en sus entelequias. El coloquio de Granada había puesto de manifiesto, con toda nitidez, lo obsoleta que es ya semejante «racionalidad», lo que de vetusta tiene. El estudio etnológico de los que imponen las manos llega a conclusiones bien diferentes de los prejuicios filosóficos de la razón reductora y simplificadora. Las supersticiones irracionales no acechan sólo al pensar simbólico, sino también a discursos teóricos y a prácticas técnicas. Esto no significa, de ninguna manera, que no sea imprescindible aplicar la crítica racional a las construcciones semánticas, mítico-mágicas y religiosas, cuya disolución indiscriminada, sin embargo, constituiría una amputación de dimensiones intrínsecamente humanas.

Denunciemos los fraudes, incluidos los de las racionalizaciones que se vuelven ciegas para los hechos. Reconozcamos los valores pragmáticos, también en los remedios y rituales curativos que resultan objetivamente eficaces. Porque no es la verdad positiva de la información descriptiva que maneja el curandero el criterio más adecuado para determinar su valor terapéutico, sino la efectividad real de la curación. ¿O habrá que descartar toda práctica médica anterior a la biomedicina moderna, o desprovista de una previa teoría científica? Si ciertos saberes empíricos, o la combinación de éstos con representaciones simbólicas, resultan inseparables del proceso efectivo de curación para la propia medicina oficial, no hay tanta incompatibilidad con las tradiciones que dan preeminencia a los símbolos, máxime si son conscientes de sus límites y aceptan la complementariedad con la biomedicina. Si para ésta el riesgo está en la tecnificación deshumanizadora, para el curanderismo el riesgo reside en la milagrería y la credulidad, cuyo antídoto proporciona el sentido común aún mejor que la razón positivista.

En todo caso, proyectar un sentido, una esperanza, como hace el paciente que va

al curandero (también el que va al médico), elevar componentes empíricos al rango de significantes simbólicos, no es en absoluto algo irracional, sino un uso específico de la misma matriz profunda de la razón, en su empeño por rastrear posibilidades ocultas de lo real. Como pasarelas a veces artificiosas y frágiles cumplen con frecuencia su cometido de llevar a la persona hasta la salud, que es lo verdaderamente importante para el que cura y el que sana. Cercenar, a fuer de atenerse en exclusiva un canon cientista que propone un cierre mental, esos puentes, esas mediaciones pragmáticas y rituales, y así dejar abierto un abismo insalvable, equivale a una obstrucción injustificable, al menos en aquellos casos en que se consigue una sanación que no se hubiera alcanzado de ningún otro modo. Por lo demás, incorporar al proceso curativo, como suelen hacer los curanderos, intervenciones multinivel, acompañadas de interacciones muy sutiles, sobre lo corporal (masajes, compoeduras, imposición de manos, unturas, remedios comestibles, infusiones, contacto con la naturaleza), sobre lo psíquico (trato afectuoso y comprensivo, confianza en símbolos poderosos, verbalización del padecimiento, elaboración consciente de la enfermedad y la cura, polarización emocional o devocional) y sobre lo social (comunicación entre los pacientes, rituales mágicos o religiosos, desplazamientos colectivos de un lugar a otro, ida a la consulta que ya establece un lazo social, compartir y avivar la creencia en la posible curación, convivir fraternalmente), todo esto sin duda comporta virtualidades altamente salutíferas.

Para hacer inteligible el curanderismo, por tanto, resulta miope la óptica reductivamente racionalista. Se requieren análisis socioantropológicos y específicamente una teoría del simbolismo, en la que se encuadren las diversas teorías de las simbólicas particulares; análisis que clarifiquen los códigos simbólicos concretos de los que el arte curanderil se sirve. Como en cualquier arte, sus mensajes no son ni verdaderos ni falsos en el sentido científico, ni tienen por qué. Basta y sobra con que sean eficaces desde el punto de vista terapéutico.

La actual neuroendocrinología está despejando las bases científicas que explican cómo es posible dejarse morir de tristeza, o vencer una enfermedad tenida por incurable. La hipófisis controla las glándulas suprarrenales, que segregan dos hormonas, cortisol y adrenalina; la primera, por ejemplo, entre otras cosas, modula el sistema inmunológico. A la vez, el hipotálamo libera diferentes hormonas, como las endorfinas, que calman el dolor y dan sensación de bienestar. Pues bien, si los neuroendocrinólogos elucidan estos complejos mecanismos, confirmando el poder del cerebro sobre la salud y la enfermedad —y dando la razón a la sabiduría popular—, los etnólogos constatan cómo hay personas con una habilidad especial para activar favorablemente tales mecanismos, sirviéndose de códigos simbólicos compartidos con su clientela. El valor de esas mediaciones, cuando son genuinas, anida ante todo en su eficacia terapéutica real, donde, como la emoción estética o la erótica, muestra la razón de su sinrazón aparente.

(Sevilla), 1994, nº 12: 111-116.

---